

III

Oh, mi alma, mi alma es un lirio,
es un lirio de amor, todo blanco,
que al altar de una virgen ofrece
en sus pálidos dedos un santo!

Y mi carne—deseos y vicios—
es un lirio sangriento y morado,
que se inclina sin vida, marchito,
sobre el agua de un verde pantano!

SONETOS

A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Paisaje interior

Cual sol en los cielos entreabre el delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria;
y en la roja tarde vaga solitaria
el alma marchita del cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio,
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lagos de llanto
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblíes,

y entre las adelfas alza lentamente
su verde cabeza, la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubíes.

Los cruzados de Thule

Son los Cristos que enrojecen los laureles del Calvario
con la púrpura triunfante de su sangre generosa;
rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa,
mirra que arde entre las ascuas del simbólico incensario!...

Sañadores cenobitas que en el yermo solitario
con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa;
argonautas que navegan en la noche silenciosa
tras el oro de un remoto vellocino imaginario!...

Son los cisnes que agonizan en el lago de los cielos,
peregrinos que caminan por la noche de los hielos...
Están ebrios de nostalgias. Su mirada entristecida,

bebe el rayo tembloroso que al morir la Luna vierte...
Marchan solos... Y se pierden por las sendas de la Vida,
en silencio dialogando con la sombra de la Muerte...

Crepúsculo místico

Los cipreses, dos hileras de monjes encapuchados,
con sus éxtasis vigilan los silencios de la casa,
y en los altos ventanales los crepúsculos dorados
iluminan las imágenes con el oro de su brasa.

Suena el órgano en los claustros de pintadas vidrieras,
donde vagan las tristezas de las sombras monacales,
que extasiadas en un sueño de celestes primaveras
se olvidaron que florecen en el huerto los rosales.

¿Qué dolor, carnes reclusas, os cilicia y os flagela?
El vampiro del recuerdo en las largas noches vuela,
y extenua nuestro cuerpo en las hoscas reclusiones...

—¡Miserere!—claman roncadas vuestras voces en el coro,
mientras de las vidrieras en los altos rosetones
resplandecen las custodias del crepúsculo de oro!

Del mes de María

Sube al alto cimborrio, con la niebla del incienso,
la litúrgica dulzura de los cánticos monjiles,
y escuchándola, sentado sobre vieja banca, pienso
que revive la poesía de mis sueños infantiles.

¡Cuántas veces, tras las rejas, sorprendiera mi mirada
en un pálido semblante la sonrisa de una boca,
cuyos labios se entreabrían, como lúbrica granada,
entre el lino blanco y trémulo de los velos y la toca.

Claros voces, claras voces que mi infancia perfumaron
con la flora azul y mística de los huertos celestiales...
¡Cuántas noches mis nostalgias infantiles despertaron!...

¡Oh, la novia de mis sueños!... Rubia que solía
contemplarme pensativa, a través de los vitrales,
de ojos tristes y profundos cual los ojos de María!

¡Resurrección!

Sobre el mar de oro flotan como nubes lejanas
las velas palpitantes de las embarcaciones,
y saludan la hora de las Resurrecciones
con un sonoro escándalo de bronce de campanas.

El Sol arde glorioso... Silencio... El aire quema.
Señala el Mediodía el viejo meridiano...
Sobre el papel, la pluma abandona la mano
que ha acabado ya el último verso de su poema.

—¡Resurrección!—exclaman los bronces al oído...
Otra vez el divino milagro se ha cumplido!
Al son de las campanas, los ángeles abrieron

las losas funerarias de las tumbas desiertas...
¡y volverán de nuevo a sonreír las muertas
sombras que en otra vida también nos sonrieron!

Silencio

¡El silencio! La Esfinge con el dedo en el labio...
Azahar inviolado de la frase no escrita...
La flor a quien consulta amores Margarita...
El libro donde siembra sus máximas el sabio...

El ensueño tranquilo del amor sin agravio...
Oración sin palabras de espectral cenobita...
Majestad de la estatua... la tristeza infinita...
¡El Silencio!... La Esfinge con el dedo en el labio...

¡Oh, los reyes que duermen en las piedras tumbales!
¡Oh, las almas sufridas que se callan sus males!...
En la celda más triste del obscuro convento.

Viejo monje contempla, silencioso e inerte,
sobre la vieja página de infolio amarillento
el borroso esqueleto de la pálida Muerte!...

Parábolas

Fué una noche tenebrosa de Walpurgis.
A la tierra, cual mortaja, las tinieblas envolvían;
y los rojos cazadores del infierno,
con sus gritos azuzaban las diabólicas jaurías
de los roncós huracanes, que mugiendo
como búfalos fantásticos
por la selva oscura y lóbrega de la noche se perdían.

En el bátrato, las brujas,
la urdimbre misteriosa de la vida
con las cuerdas del ahorcado, con las llagas del leproso,
y la sangre venenosa de los lúgubres suicidas
a compás de sus blasfemias,
como arañas monstruosas, enredaban y tejían...
Y entre nieves y entre escarchas
saludado por los truenos,
a las luces del relámpago, abrió un niño las pupilas!

Fué un crepúsculo de Infierno.
 En el bosque gris y húmedo,
 lentamente la nevada silenciosa descendía.

Ya trajeron la mortaja. Sobre el negro catafalco
 las violetas se deshojan y los cirios agonizan.

Cerca gimen los responsos... En cerrar la negra caja,
 carpintero date prisa!
 Las tinieblas avanzaron...

Y a los rayos mortecinos de la luna,
 como cirio agonizante combatido por los vientos,
 ante un huérfano enlutado, que solloza de rodillas
 abrazando una cruz negra, cruza lenta, silenciosa,
 despidiendo fuegos fátuos, una fúnebre Teoría.

Ya llegó la primavera...
 Nievan blancas mariposas los almendros.
 Hay arrullos de palomas en las ramas florecidas
 y temblores de libélulas en los cálices abiertos.
 Bajo el palio perfumado de un naranjo, los amantes,
 con las manos enlazadas, se contemplan en silencio...

¡Oh, las tímidas promesas de los labios juveniles
 los callados juramentos
 que se pierden como místicas palomas
 en la risa luminosa de los cielos!
 Canta un ave en la espesura...
 El sol muere como un Príncipe, en su lecho
 de oro y púrpura;
 y el naranjo, a la caricia lujuriosa de los vientos,
 vierte lluvia de azahares sobre el llanto de dos almas
 que agonizan abrazadas en el tálamo de un beso!...

Suenan bélicos clarines en el patio del castillo.
 Un caballo de la Arabia de impaciencia tasca el freno...

Campeón de la locura
 a la lid marcha el guerrero!
 En la cima de su casco tiembla el águila.
 Las estrellas resplandecen en las bandas de su pecho.

Los heraldos van delante. Visten púrpura y brocado...
 Son los versos
 de la Gloria los que vibran triunfalmente
 como auríferos clarines en la arena del torneo!
 Detrás marchan coronados de laureles y de rosas,
 los gallardos paladines...

Rubios pajes de la Reina del Ensueño...
 Es de oro su armadura. Sus corceles son de nieve.
 El amor es su divisa. Su acicate es el Deseo.

De las altas ojivales en los vidrios de colores,
 temblorosa la alborada deja un beso
 de oro y rosa. Vibra un órgano
 bajo el ritmo de los dedos
 musicales de una pálida novicia
 de ojos tristes y enlutados.

Ante el Cristo, silencioso, que agoniza en el madero,
 hay dos novios de rodillas,
 con las manos enlazadas y los labios entreabiertos.

Vierte el cirio la tristeza de sus lágrimas de oro,
 como flor mística exhala sus perfumes el incienso
 y en el cáliz sacrosanto resplandece
 la pureza inmaculada del cordero!

En la torre grazna el buho,
 y la luna melancólica deshoja

la tristeza de sus rayos en la copa azul del cielo.
 Coronado de laureles
 de la lid vuelve el guerrero.
 Sueña, sueña que le aguardan, entre rosas y azahares,
 unos brazos extendidos y unos labios entreabiertos...

Ebria el alma de amarguras,
 de rencores y venganzas
 a la lid torna el guerrero.

Cubre un pájaro fatídico la cimera de su casco.
 Es más negra su armadura que las alas de los cuervos.

Hay blasfemias infernales en su boca...
 Lloran sangre sus pupilas en silencio
 Y le siguen, cual famélicas jaurías,
 en caballos montaraces
 cien legiones de diabólicos espectros...
 Van aullando negra historia de perfidias y de amores,
 de venganzas y de celos,
 y al oírlos en las noches tenebrosas,
 por las selvas solitarias
 se estremecen y asustados se santiguan los viajeros!
 Un extraño peregrino cruza el páramo...
 Ve una palma... Mas desprecia la frescura que le brinda.
 —¡No es tu sombra la que busco!—dice lúgubre y sombrío
 y de nuevo por la arena del desierto se encamina.

Cruza el valle, que embalsama los jardines florecientes.
 Entre rosas, una virgen amorosa sonreía...
 Y el viajero, sin pararse, dice triste y melancólico:
 —¡La sonrisa que yo busco no es tu lúbrica sonrisa!—

Sube al monte. Los señores del Castillo:—Honra—di-
 [cen—
 nuestra mesa! Pasa, y bebe una copa en nuestra orgía!

Y el viajero, sin pararse, les responde tristemente:

—¡Vuestra mesa no es mi mesa!

—¡Vuestra copa no es la mía!

Huella el hielo de las cumbres.

En la cima de un convento.

—¡De Jesús—dicen los monjes—el apoyo solicita—

—¡Vuestro credo no es mi credo!—les contesta el pe-
 [regrino,

y en silencio, por la nieve, lentamente se encamina.

Han pasado varios siglos. Y aun por valles y monta-
 [ñas,
 despreciando los consuelos y placeres que le brindan,
 va el viajero misterioso
 lentamente, lentamente, camina todavía!

DE «LA MUSA ENFERMA»

Miserere

A ALFONSO MONJE AVELLANEDA

¡Oh, enlutados y tristes romeros,
leprosos, mendigos, tullidos, poetas,
almas devoradas por todos los vicios,
carnes corroidas por todas las lepras!..
¡Recorred entonando plegarias
los caminos que van a la iglesia!

¡Dadme un fuerte bordón, peregrinos!..
Un apoyo, un sostén.. Aunque sea
¡oh, leproso!, tu mano deforme,
de sudor y de escamas cubierta!
¡Y arrastrando como una serpiente,
con el cuerpo pegado a la tierra,
seguiré vuestro lento desfile,
a través de las sombras eternas!

Tú conoces el tedio, tullido,
que en la noche caminas a tientas,
arrastrando el dolor de tu carne
y el terror de tu enferma conciencia!

Tú conoces el tedio!.. Lo sientes
como plomo pesar en tus venas...
Paraliza tus miembros exangües
y tu planta a la tierra sujeta!

¡Sigue, sigue a la luz de los cirios
los caminos que van a la iglesia!..
Besarás con tus labios piadosos
del Dios Bueno la mística enseña;
y dejando tu ex voto en el atrio,
tornarás limpio y sano a tu aldea
al hogar apacible y alegre
donde amante la esposa te espera,
y los hijos, tendidos los brazos,
con sus risas celebran la vuelta!

¡Oh, leproso de piel de serpiente
y feroces pupilas de hiena,
que a través de los largos caminos
vas aullando tus trágicas penas!

Tú conoces los hondos dolores
que devoran las almas enfermas!
Tus hidrópicas manos hinchadas
—¡más que manos, son zarpas de fiera!—
manan sangre al contacto del báculo
y al calor de los cirios chirrean;
y tus pies purulentos y negros
enrojecen las lóbregas sendas...

Con la fiebre rechinan tus dientes
y tu carne podrida y sangrienta
se deshace a jirones, roída
por el diente voraz de la lepra...

¡Sigue, sigue cantando en la sombra
los caminos que van a la iglesia!

Al pasar los umbrales del templo
besarás prosternado la tierra;
te hundirás en las aguas lustrales
y ahogarás tus miserias en ellas!..

Y ya libre del mal, sonriente
volverás a tu hogar, donde trémula,
coronada de flores nupciales
tu ideal prometida te espera!

¡Entonando piadosas plegarias,
negras sombras de inmensas tristezas,
proseguid a la luz de los cirios
los caminos que van a la iglesia!..
¡Recorred las campiñas dormidas
y las tristes ciudades desiertas!

Brilla el alba; y en el santuario
que aun en velos envuelven las nieblas,
las campanas, de júbilo locas,
repicando convocan a fiesta!..

A compás de los sonos del órgano
que en las bóvedas santas resuena,
el Vicario, luciendo entre cirios,
la bordada casulla de seda,
la blancura inmortal de la hostia
en sus dedos ungidos eleva!..

Penetrad entonando plegarias,
leprosos, tullidos, mendigos, poetas!..
Yo, al miraros salir, silencioso,
como estatua yacente a la puerta,
implorando una santa limosna
tenderé tembloroso mi diestra,
¡donde aun sangran los clavos de hierro
que a la cruz la tuvieron sujeta!